

FACULTAD DE TEOLOGÍA PONTIFICIA Y CIVIL DE LIMA

Vol. XLIX – nº 2, Mayo/Agosto 2015 – pág. 145 a 178

CARISMA FUNDACIONAL: EL «SINAÍ» DE LA VIDA CONSAGRADA

Hno. Dr. Alexandre José Rocha de Hollanda Cavalcanti, E.P.

RESUMEN

El *carisma fundacional* es la regla fundamental de fecundidad de una vocación religiosa y de todo instituto de vida consagrada. En el don divino del *carisma* creado de modo singular e intransferible, confiado a un fundador y, a través de él a un instituto, se encuentra un modo nuevo de vivir la *sequela Christi*. Adoptado y custodiado por la Iglesia, este *carisma* será la «piedra angular» y la *norma normans* que encauzará la vida de cada miembro del instituto, garantizando su santificación personal y la pervivencia del don divino hasta el fin de los siglos.

ABSTRACT

The founding charism is the fundamental rule for the fruitfulness of a religious vocation and of every institute of consecrated life. In the divine gift of *charism*, created in a unique and nontransferable way, entrusted to a founder and, through him to an Institute, there is a new way of living the *sequela Christi*. Adopted and preserved by the Church, this *charism* is the «cornerstone» and the *norm of norms* that will guide the life of each member of the Institute, ensuring their personal sanctification and the survival of the divine gift to the end of time.

Introducción

La llamada a la vida consagrada aparece gráficamente representada en la historia del “Joven Rico”: cumplidor de las leyes positivas, él se acerca a Jesús preguntando como hacer para salvarse. Jesús le indica el camino común, que él ya vivía. Frente a la profesión de fe en su divinidad, atestiguada por las palabras del «Maestro Bueno», el Señor le invita a salir de la medianía para una vida de santidad perfecta, utilizando la misma expresión con que llamó a cada uno de los Doce: «Ven y sígueme». La Escritura atestigua que el joven se retiró apenado¹ y que el Señor no fue indiferente a su cobardía: quedó disgustado.

El encuentro con Cristo divide: ya lo profetizaba Simeón. Nadie sale igual del «encuentro con el Señor»: o sigue en la alegría del servicio, o se aleja cargando la espina de una vocación no cumplida. La invitación al seguimiento de Cristo rompe las barreras del minimalismo espiritual, de la simple búsqueda de contentar las profundas llamadas de la conciencia con la rutinera medianía. A la mirada del Señor cabe una respuesta que sigue los modelos de auto superación de aquellos que alcanzaron el más alto grado de perfección. La historia nunca fue edificada en base a la mediocridad: es la sangre del sacrificio, del amor y de la entrega, que escribe las páginas

¹ Cf. Mt 19, 16-22; Mc 10, 17, 22.



históricas merecedoras de lectura y admiración, que forjan modelos para la humanidad.

Esta llamada especial se ha caracterizado desde los inicios de la Iglesia con la expresión «perfección evangélica»; camino que indica al hombre una práctica más perfecta, constante y heroica de las virtudes teologales.

La variedad de modos de seguimiento de Cristo en las diferentes posibilidades de vivir el único Evangelio aflora en la Iglesia en armonía con la diversidad de modos como Dios guía a cada uno de sus hijos, incluso con una visión particular de comprender todo el misterio cristiano. Éste es especialmente el principal elemento que explica y justifica la variedad de institutos y vocaciones específicas en la realidad eclesiológica².

Los fundadores: nuevos profetas

En el Antiguo Testamento, Dios se vale de mediadores que actúan bajo el *carisma de la profecía*, lo que el Credo Niceno-Constantinopolitano afirma ser acción directa del Espíritu Santo. Sin embargo, no hemos de pensar que el carisma profético era exclusividad veterotestamentaria. Si el Antiguo Testamento encuentra su culminación en Cristo, es en Él y a partir de Él que el carisma profético encuentra su plenitud. La concepción teológica de profeta no es la de adivino, sino del instrumento por lo cual el Espíritu Santo habla; es la persona elegida para ser testigo de la voluntad y de los derechos de Dios.

El transcurso histórico suscita circunstancias diversas y situaciones particularmente difíciles. Siempre fiel a su promesa, el Señor favorece a su Iglesia en estos momentos con figuras iluminadas por un carisma específico, que señalan el camino que ha de ser seguido para el cumplimiento más perfecto de la misión de la Iglesia en cada perícopa de su historia, con la fuerza irresistible del mandato divino, que se plasma en una figura única para este fin: el Fundador³.

Esta voz del Espíritu de Dios en un hombre o mujer llamado a ser instrumento de «Aquel que habló por los profetas», caracteriza la función profética del fundador. Éste es depositario de un carisma otorgado por Dios, no para él mismo, sino para la Iglesia. Esta doble característica personal y social-eclesiológica permite comprender cómo Dios utiliza a este hombre para una actuación específica en todo el ámbito del Cuerpo Místico de Cristo⁴, permitiendo reconocer en los fundadores el mérito de haber captado, en forma genial, las carencias de la época que les tocó vivir, y haberse esforzado por responder a ellas por una forma nueva, suscitada por Dios, enriquecida de las características personales del fundador.

En el plan eclesiológico, la visión del fundador alcanza incluso a comprender ciertas virtualidades permanentes de la Iglesia, que, aun manifestándose con ocasión de alguna coyuntura histórica, coopera a que la Iglesia vaya alcanzando su plenitud. Es esto, precisamente, lo que otorga vigente perennidad a un instituto por su inserción en la obra salvífica de Cristo, encarnada y actualizada en la Iglesia.⁵

El carisma de los fundadores y sus características

Pablo VI hizo una aportación en *Evangelica Testificatio* n. 11, incorporando en la teología

² Cf. CIARDI, F. *Los fundadores, hombres del Espíritu*. Para una teología del carisma del fundador. Madrid: Paulinas, 1983, p. 186. Para un estudio más profundo del Magisterio contemporáneo sobre la multiplicidad de institutos religiosos, Ciardi cita: ZOFFOLI. *San Paolo de la Croce*, III, 1490-1533; NARDINI, G. *Il Movimento d'unione tra i Religiosi*. Roma, 1961; BENIAMINO DELLA SS. TRINITÀ. *Fisionomia propria e varietà delle famiglie religiose*, en AAVV. *Vita religiosa e Concilio Vaticano II*. Roma, 1969, 192-218.

³ Cf. JUBERÍAS, F. *Por su cuerpo que es la Iglesia*. Madrid: Agesa, 1973, pp. 125-129.

⁴ Cf. CIARDI, F. *Los fundadores hombres, del Espíritu*, pp. 300-303; BURGALASSI, S. *Fundatori II. Aspetto Sociologico*. En: *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, IV. Roma: Paulinas, 1977, p. 101.

⁵ Cf. DIEZ PRESA, M. *La inserción de los religiosos en la pastoral de conjunto según el carisma propio*. En: *Vida Religiosa*, vol. 34, enero-diciembre de 1973, p. 63.



dogmática el concepto de «carisma de los fundadores» y el carácter pneumatológico de estos dones como «frutos del Espíritu», abriendo el camino para la acertada y exigente formulación que ofrece el Documento *Mutuae Relationes*, de 1978, en que es posible leer⁶:

«El carisma de los fundadores se manifiesta como una experiencia del Espíritu, transmitida a sus propios discípulos para que éstos la vivan y conserven, la profundicen y enriquezcan permanentemente, en armonía con el Cuerpo de Cristo, en continuo crecimiento» (n. 11).

En el ámbito de nuestro tema, la palabra *carisma* es utilizada normalmente para indicar la realidad profunda que ha animado a cada fundador y que continúa animando a cada instituto religioso. Fabio Ciardi la considera un «neologismo» creado por san Pablo, en cuyas cartas la palabra aparece 16 veces, constatándose una vez en la primera carta de san Pedro. Remite, etimológicamente a *charis*, gracia, aquí entendida como el amor que Cristo dona a la humanidad. Cuando esta *charis* toca a cada persona, asume connotaciones concretas, convirtiéndose en *charisma*, o don particular, puesto que el sufijo *ma* en griego significa el resultado de una acción que, en este caso, es la donación. Esta es la acepción del término *charisma* que será tomada por los estudiosos para la elaboración de la teología de los carismas, que es asumida por el Concilio Vaticano II⁷ en el n. 12 de *Lumen gentium*⁸.

Por otro lado, *fundador* no puede ser considerado un concepto etéreo o individualista. Está íntimamente ligado a la relación entre la persona llamada a fundar y la realidad que él ha fundado; así como los conceptos de padre-madre e hijo son correlativos a la familia, el de fundador es correlativo a la fundación. Uno persiste con el otro de modo que el carácter de fundador supera a la figura histórica y personal de su portador y lo relaciona con el grupo que es llamado a compartir su carisma y mantenerlo vivo y actuante⁹. Tratándose de un complejo fenómeno en el cual lo natural y lo místico se entrecruzan, es prácticamente imposible hacer una distinción, en cada caso concreto, entre la inspiración mediata o inmediata del carisma, puesto que en la experiencia de todo fundador están casi siempre presentes los dos tipos de inspiración¹⁰.

Ciardi acuña la interesante expresión «*ignorancia de los fundadores*» para señalar que diversas veces esta inspiración fundamental no aparece al fundador como un plan detallado en sus pormenores, sino que tiene por objeto ideales a ser conquistados, muchas veces sin conocer el camino que deben recorrer para su realización¹¹.

Es un hecho ampliamente constatado, –puntualiza el sociólogo belga Léo Moulin– que a cada una de las crisis que han afectado al mundo, ha correspondido un florecimiento de numerosas experiencias de vida religiosa, constituyendo un fenómeno sociológico que se ha impuesto a los hombres desde hace milenios, sin solución de continuidad¹². Sin embargo, buscar un análisis meramente social y antropológico para el complejo fenómeno del carisma fundacional sería equivocarse metodológicamente, puesto que la caracterización histórico-antropológico-

⁶ CASTELLANO, J. *Prefacio*. En: ROMANO, A. *Los fundadores profetas de la historia*. Madrid: Claretianas, 1991, p. 16.

⁷ El Concilio profundiza y asume la dimensión carismática de la vida religiosa ya presente en el Magisterio desde finales del siglo XVIII, en que el primer Papa de la época moderna asienta como principio de las fundaciones religiosas su carácter de inspiración (Carta Apostólica *Quod Aliquantum*, del Papa Pío VI, en 1791). Cf. ROMANO, A. *Los fundadores profetas de la historia*, p. 65.

⁸ Cf. CIARDI, F. *La escucha del Espíritu*. Madrid: Claretianas, 1998, pp. 71-74.

⁹ Cf. GARCÍA PAREDES, J. C. R. *Teología de la Vida Religiosa*. Madrid: BAC, 2002, p. 205.

¹⁰ Cf. CIARDI, F. *Los fundadores, hombres del Espíritu*, pp. 49-50.

¹¹ Cf. *Ibid.*, pp. 89-90.

¹² MOULIN, Léo. *Vita e governo degli ordini religiosi*. Milano: Ferro, 1965, p. 50. Moulin (†1996) es un sociólogo y escritor belga, de lengua francesa, considerado por muchos como ateo, pero que ha estudiado el fenómeno de la vida de los religiosos bajo el aspecto de sociología política. Cf. G.M. *Vita e governo degli ordini religiosi* (reseña). En: *Civiltà Cattolica*, 1966, II, Quaderno 2784, p. 581.



sociológica se demuestra insuficiente para explicar la conformación y el dinamismo interno del fenómeno. Es imposible prescindir de la realidad sobrenatural para alcanzar la lectura fenoménica correcta del evento singular e irrepetible de la concesión de un carisma fundacional.

Existen muchas propuestas teológicas para comprender y estudiar el carisma de una fundación. Es importante tener en cuenta la distinción hecha por Teresa Ledóchowska entre el *carisma del fundador* y el *carisma del instituto*. Para ella, se debe hacer una triple distinción respecto a la vida de un instituto: el *espíritu*, entendido como el conjunto de particularidades que distinguen a un instituto de otro; la *espiritualidad* del instituto, que puede ser específica para algunos institutos o común a varios; el *carisma*, como gracia especial concedida a los miembros de un instituto para poder realizar su misión¹³. El *carisma de fundador* se circunscribe a las características de la persona que ha recibido esta vocación en su personalidad propia, mientras el *carisma de fundación* o de *instituto* da continuidad a través del tiempo, al *carisma de fundador*¹⁴.

J. M. Tilliard prefiere la expresión *carisma de fundación*, por el cual la Providencia entrega a una persona los dones necesarios como respuesta a los requerimientos de un lugar o época específicos. Sin embargo, el *carisma del fundador* trasciende al de *fundación* en el sentido de que no se encuentra circunscrito a una necesidad inmediata localizada temporal y espacialmente: pertenece a aquel peculiar carisma del Espíritu, concedido a la Iglesia para que ésta se inserte más íntimamente en esa línea de fuerza de la vida con y en Cristo¹⁵, como un valor constitutivo de la vida evangélica vinculado a la persona del fundador, que se hace así, por voluntad divina, el tronco en el cual se injertan los llamados a colaborar con esta obra deseada por Dios que permanece con su Iglesia hasta el fin de los tiempos.¹⁶

En la mayoría de los casos el grupo inicial que se reúne en torno del fundador es percibido por la comunidad eclesial antes incluso que su persona, otras veces, en cambio, el fundador emprende solo un camino característico en el cual es luego seguido por otros. En cualquiera de los casos, el fundador es siempre la figura clave, el que aglutina en torno a sí a los demás que se sienten implicados en una novedad de vida¹⁷. Este grupo de primeros compañeros muchas veces es considerado con la expresión *cofundadores*. Sin embargo, Fabio Ciardi puntualiza el acierto de Antonio Romano al acuñar la expresión *experiencia fundante* para caracterizar la experiencia del grupo inicial en sus orígenes, sobre todo en casos de un inicio colectivo, como, por ejemplo, los Carmelitas y los Siervos de María¹⁸.

Esta presencia de los Fundadores como el sarmiento principal que une a la Vid los retoños «secundarios» ha sido, desde los inicios de la Iglesia, la «piedra angular» de la idea de vida consagrada: Dios elige a un hombre, este hombre, iluminado por el Espíritu Santo abre una vía que se hace respuesta de Dios para las necesidades de su pueblo en determinada perícopa histórica. Un «nuevo pueblo» se reúne en fidelidad a este carisma y lo lleva a toda la humanidad.

Es un proceso que parece reeditar la *historia de la salvación* de la cual fue protagonista el Pueblo de Dios de la antigua Alianza, en la esperanza mesiánica. En este caso, todo se ilumina en la esperanza de la consolidación del «Reino de Dios» que Cristo viene a fundar. Por eso, en las *palabras y acciones* de un fundador, él transmite a sus discípulos una enseñanza que tendrá valor

¹³ Cf. LEDÓCHOWSKA, T. *La recherche du charisme d'un institut religieux*. En: *Vie Consacrée*, n. 49, 1977, pp. 7-23.

¹⁴ Cf. GARCÍA PAREDES, J. C. R. *Teología de la Vida Religiosa*, p. 227.

¹⁵ Para Fabio Ciardi con esta postura de Tilliard se podría proponer una distinción entre los fundadores con *F* mayúscula y con *f* minúscula, que serían los «grandes y pequeños fundadores», reservando a los primeros una *verdadera espiritualidad*, los segundos necesitan buscar un apoyo más profundo, puesto que no encontrarán un espíritu propio en su fundador. Cf. CIARDI, F. *La escucha del Espíritu*, pp. 69.

¹⁶ Cf. TILLIARD, J.M.R. *Le dynamisme des fondations*. En: ROMANO, A. *Los fundadores profetas de la historia*, pp. 114-115.

¹⁷ Cf. CIARDI, F. *Los fundadores, hombres del Espíritu*, pp. 287-288.

¹⁸ Cf. Id. *La escucha del Espíritu*, pp. 80-81.



normativo para sus seguidores inclusive después de su muerte¹⁹. Estas enseñanzas son, a su modo, «palabra del Espíritu Santo» no sólo para el instituto por él fundado, sino para toda la Iglesia, o por lo menos, para los sectores que de ella necesitan, siendo obligación de los discípulos mantener viva esta palabra y llevarla a los lugares y personas para los cuales Dios ha hablado. No hacer eso es cohibir y coartar el camino que la palabra debería recorrer en el seno del nuevo Pueblo de Dios.

Considerar como único, o principal propulsor de la «vida religiosa», la respuesta a momentos críticos de la vida social o eclesiástica, es quedarse –sustenta Antonio Romano²⁰– en el extremo. Lo que caracteriza auténticamente el *carisma fundacional* es el hecho de que algunos hombres y mujeres han sabido acoger, dentro de estos condicionamientos históricos, la Palabra de Dios que llama a vivir el seguimiento de Jesús con una identidad nueva²¹. En esta condición de *conductores de pueblos*, es decir, de formadores de discípulos –a diversos niveles–, los fundadores han tenido que estar adornados en alta medida con el don de *discernimiento de espíritus*, carisma estrechamente relacionado con el don profético.

La función profética del fundador supone así la donación de un carisma que tiene que traducirse en una utilidad para la Iglesia y para la humanidad. Utilidad que a veces puede parecer oposición, cuando tiene en mira la corrección de desviaciones intestinas u oposición a una situación eclesial. El móvil de la aparente oposición es el amor a la integridad de la Iglesia, amenazada por la división o desviación interna. Esto es lo que caracteriza el profetismo del fundador siempre como don surgido en la Iglesia y para la Iglesia, nunca contra la Iglesia²².

Acción del fundador para su instituto y para la Iglesia universal

La polaridad cargada de tensión a que son llamados los seguidores de Cristo reedita la vida del Hijo de Dios entre los hombres: la superación del mundo («Yo vencí al mundo») y la cristianización del mundo («Id a todo el mundo y predicad el Evangelio»). Esta doble llamada ha caracterizado la vida religiosa desde los inicios de la Iglesia. Aunque el monacato cristiano inicial se caracterizaba especialmente por retirarse del convivio humano y «separarse» para Dios –como una reedición del *qadós* veterotestamentario–, en la antigüedad tardía, especialmente en la Edad Media occidental, se desarrolló también en la dirección de la evangelización del mundo, acción que se hace históricamente muy clara con los elevadísimos aportes del monacato a la formación de la civilización occidental oriunda de los pueblos incivilizados que destruyeron el Imperio Romano de Occidente²³.

La vida de Cristo que se oculta por treinta años y pasa tres años proclamando el «Evangelio del Reino» es el modelo exacto del modo como esta polaridad debe ser comprendida como instrumento de Dios para actuar en la salvación y santificación de su pueblo.

La Constitución *Lumen gentium*, haciendo eco a la idea paulina de la unidad de misión y diversidad de ministerios²⁴, asienta primero la unicidad de la Iglesia como sacramento, para después señalar las *diversidades* que componen esta unidad (LG 13c). Por eso, un nuevo carisma de fundación se percibe auténtico cuando es vivido «en la Iglesia, para la Iglesia y por la Iglesia»²⁵, puesto que «la clave de la autorrealización de todo instituto religioso ha sido su fidelidad al carisma inicial que Dios infundió en el fundador para enriquecimiento de la Iglesia»²⁶. Este

¹⁹ Cf. Id. *Los fundadores, hombres del Espíritu*, pp. 339-341.

²⁰ Cf. ROMANO, A. *Los fundadores profetas de la historia*, p. 61.

²¹ Cf. CODINA, V. *La vida religiosa como secuela di Cristo nella storia*. En: *Vita Consecrata* n. 10, 1984, p. 639.

²² Cf. ÁLVAREZ GÓMEZ, J. *El profetismo de los fundadores y el ministerio profético de sus discípulos*, p. 134.

²³ Cf. SCHWAIGER, G. *La vida religiosa de la A a la Z*. Madrid: San Pablo, 1998, p. 09.

²⁴ Cf. 1Cor 12, 5; 1Cor 12, 28; Ef 4, 11.

²⁵ ÁLVAREZ GÓMEZ, J. *La vida religiosa come risposta allla necessità della Chiesa e del mondo*. En: AAVV. *Il carisma della vita religiosa dono dello Spirito alla Chiesa per il mondo*. Milán: Ancora, 1971, p. 109.

²⁶ JUAN PABLO II. Discurso *Ringrazio il mio Dio* a los religiosos de Chicago en la fiesta de San Francisco, 4 de octubre



enriquecimiento es fruto del influjo del Espíritu enviado en Pentecostés, por el cual Dios ofrece a la Iglesia tantos dones que la embellecen y la preparan para toda obra buena deseada por el Señor²⁷, caracterizando este don inicial como irrupción de lo divino en la historia humana, haciendo del fundador y de sus seguidores verdaderos protagonistas de futuro.²⁸

La destinación del carisma en el ámbito eclesial es exigencia imprescindible de la comunión para una correcta hermenéutica del propio carisma. Por esta razón, cuanto más un instituto se mantiene fiel a su propio carisma y, desde éste colabora con la acción apostólica de la Iglesia, más auténtica y eficaz será su inserción en la vida eclesial, y su propio apostolado específico, puesto que estará llevando, manteniendo y colocando al servicio de la Iglesia el don que le fue confiado por Dios en la persona y llamado de su fundador²⁹.

Relación entre el fundador y los discípulos

La palabra teológicamente más precisa para definir la relación espiritual entre fundador y discípulo en la vida religiosa es sin duda “paternidad”³⁰. Explica el claretiano Eutimio Sastre³¹ que esta palabra dispensa añadiduras: la expresión común «nuestro Padre» resume esta paternidad espiritual caracterizada por la efusión del carisma recibido como gracia singular otorgada para que sea comunicada y difundida por sus hijos espirituales, a la cual se añade la capacidad de comunicar un espíritu recibido³². Por esto, la única clave hermenéutico-espiritual de que disponen los llamados a la vida consagrada para comprender verdaderamente a sus fundadores es amarles y, como consecuencia de este amor, conocer su persona y su vida. Este conocimiento, sin embargo, será estéril si desprovisto del amor, puesto que al fundador se le *invoca* como Padre, se le *imita* como Ejemplo, se le *obedece* como Legislador.³³

El Concilio Vaticano II señala con insistencia como norma segura e irremplazable, que la congregación esté siempre remitida al espíritu de su fundador, reconociendo en ellos los instrumentos providenciales de que se ha servido el Señor para hacer surgir los diversos institutos religiosos en la Iglesia. Esta acción instrumental genética de los fundadores en relación a un carisma especial a que Dios destina una parcela de su Iglesia, destaca la función paternal del fundador como aquél que «da a luz» nuevos hijos para esta gracia específica que la Providencia desea expandir en el seno de la Iglesia. Esta, a su vez, reconociendo el deseo de su Fundador y Señor, «asiste con su autoridad vigilante y protectora a los institutos erigidos por todas partes para edificación del Cuerpo de Cristo, con el fin de que, en todo caso, crezcan y florezcan según el espíritu de los Fundadores» (LG 45).

de 1979.

²⁷ Cf. PAPA FRANCISCO. *Carta Apostólica a todos los consagrados con ocasión del año de la vida consagrada*, del 28 de noviembre de 2014.

²⁸ Cf. Documento *Mutuae Relationes*, de la Sagrada Congregación para los religiosos e institutos seculares (MR), n. 46, 23f; 12.

²⁹ Cf. GHIRLANDA, G. *La vita consacrata nella vita della Chiesa*. En: *Informationes SCRIS* 10 (2/1984), p. 88.

³⁰ Evidentemente si se trata de una fundadora, la palabra precisa es maternidad.

³¹ SASTRE SANTOS, E. *Aproximación a los orígenes de un instituto de perfección*. En: *Claretianum: comentaria theologica*, n. XX. Roma: *Pontificia Universitas Lateranensis*, 1980, p. 189.

³² No todos los carismas y gracias recibidas por los fundadores son extensibles a sus hijos espirituales. Hay gracias personales que no son transmisibles a otros, sino que aumentando la unión con Dios, aumenta la paternidad del fundador en relación a sus dirigidos, sin transmitir el don propiamente dicho. Un ejemplo característico es la presencia eucarística permanente en san Antonio María Claret, gracia personal que él no podría transmitir a los padres de su Congregación. El propio san Antonio cuenta en sus memorias: «*Hallándome en oración [...] el Señor me concedió la gracia grande de la conservación de las especies sacramentales, y tener siempre día y noche el Santísimo Sacramento en el pecho*». En: VIÑAS, J. M. *San Antonio María Claret*. Escritos autobiográficos y espirituales. Madrid: BAC, 1959, p. 37.

³³ ROMANO, A. *Los fundadores profetas de la historia*, p. 14; SASTRE SANTOS, E. *Aproximación a los orígenes de un instituto de perfección*, p. 188.



En la preocupación manifestada por el Concilio se encuentra esta norma de renovación que busca acudir al espíritu genuino de los fundadores, redescubriendo y reconociendo en él y en sus objetivos específicos el don divino de su origen y norma de su caminar (PC 2, b). Los Padres conciliares revelan aquí su conciencia de la importancia del carisma fundacional en los institutos y la misión preciosa de proteger esta nueva «creación divina», de modo que este carisma creado por Dios sea, en la Iglesia, una prolongación del espíritu infundido por Él mismo en el alma del fundador. Como madre y maestra, la Iglesia mantiene la vida nacida en su seno por mano de los fundadores, que se prolonga por los siglos en los institutos por ellos fundados.

El carisma fundacional como “nuevo Sinaí” para un instituto religioso

El Sinaí es sin duda el culmen de la ligación entre el pueblo elegido, su vocación, y Dios. Con la estructuración del reinado davídico, la figura de Sión toma la delantera, sin, de ninguna forma, eclipsar el pasado del Sinaí como doble señal: de la primera Alianza con el pueblo (las anteriores eran con individuos) y la promulgación de la Ley que guiará al pueblo en su camino como el norte de toda la moral judeo-cristiana hasta nuestros días.

La figura del Sinaí es muy propia para analizar la relación discípulo/instituto con el fundador. Así como en el símbolo veterotestamentario la primigenia alianza es al mismo tiempo la Ley que permitirá al pueblo mantenerse fiel, o retornar a la fidelidad perdida, en la vida religiosa, la figura y el carisma del fundador representan para el instituto y para cada uno de sus miembros, como un «Sinaí» particular, donde se funda la alianza en el Espíritu, que da origen a la relación espiritual discípulo-fundador. Es fundamental considerar el «espíritu del fundador», su carisma y su modo peculiar de vivir la santidad evangélica como el norte para guiar el instituto en el transcurso de los siglos, y el punto de referencia para los retornos necesarios, cuando la rutinización o la tibieza, provoquen desviaciones en el peregrinar por el «desierto de la vida», rumbo a la «tierra prometida» que el Señor ha indicado particularmente a cada individuo. Por esto, afirma Alba Cereceda, cada Orden religiosa, cada instituto, encuentra en la persona de su fundador y en el carisma que éste ha recibido de Dios, su propio Sinaí. En ese Sinaí estarán como marcados en piedra para siempre, los mandamientos que el Espíritu Santo escribió de su beneplácito para todos los llamados a hacer la peregrinación rumbo a la patria celestial siguiendo a su fundador. El autor concluye con una sentencia precisa: «Alejarse de esa vía es condenarse a la esterilidad y a la muerte del espíritu»³⁴.

La personalidad propia de cada instituto es forjada por su fundador y transmitida a los discípulos con sus características y fines propios, que van a constituir la «personalidad del instituto»³⁵. Por esta razón el Papa Pío XI, en su Carta *Unigenitus Dei Filius*, puntualiza que el primer deber de los religiosos es contemplar el ejemplo de su fundador para estar seguros de participar de las gracias propias de su vocación, sin perder jamás de vista su ejemplo, dirigiendo sus cuidados y pensamientos a sus preceptos y consejos, impregnándose de su espíritu y siguiendo sus huellas, puesto que al crear el instituto no hicieron otra cosa que obedecer a la inspiración divina. El Papa resalta que con esta fidelidad, los hijos permanecerán fieles hasta la eternidad a causa de sus fundadores³⁶. Esta inspiración fundacional es así la «Ley y los profetas» para garantizar la fidelidad y la vida de todo instituto y de cada uno de sus integrantes, como único garante de la pervivencia de la personalidad propia de un instituto³⁷.

Este espíritu fundacional que actúa como el «Sinaí» de cada instituto, puede ser comparado al esqueleto de un organismo vivo. Los institutos que pierden su identidad con el carisma de su

³⁴ ALBA CERECEDA, J. M. *Un documento histórico del papa*. Revista *Ave María*, Barcelona, n. 486, febrero de 1985.

³⁵ Eutimio Sastre define la «personalidad del instituto» como la diferencia individual que constituye a cada instituto y lo diferencia de otro.

³⁶ Cf. Pío XI. Carta apostólica *Unigenitus Dei Filius* a los superiores generales de las órdenes religiosas y de las Congregaciones masculinas (19 de marzo de 1924), n. 8. *AAS* 16 (1924), p. 135-136.

³⁷ DIEZ PRESA, M. *La inserción de los religiosos en la pastoral de conjunto según el carisma propio*, p. 66.



fundador y buscan en una renovación una visión nueva, divergente de la original, buscando una «refundación» como si hubieran «malformaciones congénitas» que sólo podrían ser corregidas por una «reencarnación» del instituto, pierden su personalidad propia recibida de su fundador, hallándose con eso invertebrados. El primer paso para «vertebrarse» – afirma Sastre Santos³⁸– es recuperar la identidad perdida, no sólo la individual, sino la colectiva, revertebrando, a partir de la identidad primigenia, la «estructura ósea» del carisma fundacional que en determinado momento había sido corroído por la «osteoporosis» del tiempo, del olvido y de la rutina.

Fidelidad al carisma como camino exclusivo de fidelidad a Dios para un religioso

El Concilio Vaticano II presenta como criterio decisivo y permanente de la renovación de la vida religiosa, la vuelta a los orígenes, que no significa un simple retorno, sino un «abrevarse» en la fuente original de la gracia y de la primigenia inspiración como condición indispensable para vivirla de modo sincero y auténtico³⁹. La vida consagrada es un acontecimiento con triple dimensión: eclesial, histórico y teológico. No es posible entender este complejo fenómeno sin remontarse a su fuente viva, hasta el hontanar primero de donde brota su savia vivificadora. Esta fuente, sin duda, es Cristo, pero el modo específico de vivir sus enseñanzas –en el fenómeno de la vida religiosa– pasa, para llegar al religioso, por el camino del carisma fundacional que establece el modo peculiar como el religioso recibirá la savia de Cristo y la vivirá concretamente⁴⁰.

Al dirigirse a los religiosos, el Papa Juan Pablo II subrayó en repetidas ocasiones la necesidad de mantenerse fieles a la voluntad del fundador⁴¹ y a su auténtica inspiración, conservando intactos los aspectos originales del carisma que cada uno transmite a su instituto⁴², cuya pérdida de sus características principales llevaría a la pérdida de la propia identidad espiritual del instituto⁴³ y del sentido de la vida de cada uno de sus integrantes. Este apelo del recién canonizado Pontífice ha sido constante en sus relaciones con los consagrados, recomendando como el principal camino de fidelidad a la vocación de cada instituto, el anclarse en el carisma fundacional, como medio para no ser llevado por las olas del tiempo o de las equivocaciones humanas.

Efectivamente, vivir es elegir y las elecciones no pueden estar separadas de la vida de ningún ser humano. Estas elecciones no pueden dejar de constituir renunciaciones a caminos muchas veces lícitos, para mejor seguir y cumplir con los retos de cada vocación. Leonardo da Vinci decía que esculpir es el único arte que se hace quitando. Al mirar un bloque de piedra bruta el artista encuentra allí dentro el ángel, la Virgen o el Cristo que está en su alma, en su espíritu creador. Hace falta quitar todo lo que no es esto, para que surja la estatua que representa la inspiración interior del artista. El llamado individual acarrea, por tanto, adhesiones y renunciaciones. Adhesión al camino indicado por Dios y renuncia a los demás caminos. Sin embargo, la elección por la vida consagrada no puede ser considerada –aseveran Schillebeeckx y Lucas Gutiérrez⁴⁴– como una

³⁸ Cf. SASTRE SANTOS, E. *Institución y «crisis de identidad»*. En: *Claretianum: commentaria theologica*. Roma: Roma: Pontificia Universitas Lateranensis, 1983, p. 217.

³⁹ Cf. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Decreto *Perfectae caritatis*, sobre la adecuada renovación de la vida religiosa, n. 2.

⁴⁰ Cf. ALONSO RODRÍGUEZ, S. M. *Ven y sígueme*. Reflexiones teológicas sobre la vida religiosa. 2 ed. Madrid: Paulinas, 1993, pp. 27-28.

⁴¹ Cf. JUAN PABLO II. Discurso durante la celebración del Capítulo General de los Claretianos, del 13 de octubre de 1979. En: *Insegnamenti de Giovanni Paolo II*, II/2 (1979), p. 740.

⁴² Cf. Id. Discurso *Sono particolarmente lieto* a los capitulares de la Sociedad de San Pablo, 31 de marzo de 1980. En: *Insegnamenti de Giovanni Paolo II*, III/1 (1980), p. 778.

⁴³ Cf. Id. Discurso *Sono venuto qui* a los sacerdotes seculares y religiosos de la diócesis de Livorno en el santuario de Montenero, 19 de marzo de 1980. En: *Insegnamenti de Giovanni Paolo II*, V/1 (1982), p. 927.

⁴⁴ La exposición sobre el pensamiento de estos dos autores puede ser encontrada en: GARCÍA PAREDES, J. C. R. *Teología de las formas de vida cristiana I*. Madrid: Claretianas, 1996, pp. 604-606.



vocación definida por renunciaciones (al matrimonio⁴⁵, a la riqueza material, al uso de la libertad), sino por valores asumidos voluntariamente en la alegría del servicio.

En términos sobrenaturales este fenómeno significa aceptar generosamente la invitación divina, aunque se contraponga a nuestros anhelos juveniles. Dios es libre de pedir algo que parece frontalmente contrario a los deseos de un individuo, abriendo delante de sus ojos horizontes grandiosos dentro de los cuales el hombre es llamado a romper la caparazón de la mediocridad y entregarse a una vocación que, exigiendo, sin dudas, renunciaciones, debe ser mucho más bien caracterizada por una adhesión voluntaria, amorosa y total al designio divino⁴⁶.

Vocación fundamental y vocación particular

Lo que atrae a la vida religiosa es el hecho de ofrecer un modo evangélico de seguimiento a Cristo, de imitar sus ejemplos sobre todo en determinados aspectos. Estos ejemplos no son contemplados de modo etéreo, impersonal y atemporal, sino encontrados en el carisma del fundador, en su persona y en sus intenciones fundacionales, leído todo ello en su prístino significado de acción misteriosa que une la intención divina con las calidades humanas y la fidelidad del fundador a la intención carismática.⁴⁷

No hay duda de que existe una vocación fundamental para todo ser humano, pero ésta se vive de formas muy diversas y particulares. Esa particularización vocacional es el camino específico por el cual la persona encuentra su lugar en la vocación fundamental de la humanidad a complementar la obra divina. Aquí se constata cómo una persona se siente atraída por ciertos valores y se entrega a ellos, configurando su vida de acuerdo con estos valores, en una misteriosa sintonía con los anhelos de la persona que se siente interpelada por ellos. No se trata de un valor abstracto y general, puesto que nunca un valor abstracto ha conmovido a nadie. La atracción se da de modo definitivo frente a valores concretos que responden a anhelos concretos, movilizándolo la totalidad del ser a decidirse, elegir y entregarse de tal modo que –en palabras de Xavier Zubiri– «para seguir siendo el mismo, el hombre se ve forzado a no ser lo mismo»⁴⁸.

Esta fuerza ejerce una tensión hacia la trascendencia de uno mismo, porque lo que se busca en una vocación particular no es ratificar lo que se es, sino alcanzar algo que se descubre como nuestro *yo ideal*, caracterizando la vocación particular como un camino desde el *yo real* hacia el *yo ideal*, que anticipa en algo la plenitud del reino de Dios Padre⁴⁹. Así, el religioso es llamado a vivir la vocación común a la santidad con la totalidad del amor a Dios en su propio modo de existir, caracterizando esta *sequela Christi* como una decisión de dedicar la totalidad de su vida a Dios, lo que se hace en la entrega a la Iglesia, a los hermanos y hermanas⁵⁰.

⁴⁵ Lucas Gutiérrez contesta la postura Rahneriana de que la virginidad es una renuncia al matrimonio y que la misma «sólo se hace posible en la situación escatológica introducida por Cristo». Gutiérrez afirma que la virginidad auténtica se caracteriza por una opción existencial humana llena de sentido, realizada en una serie de actitudes que nada tienen que ver con el matrimonio, pero sí tienen mucho que ver con los verdaderos existenciales humanos de implantación de un verdadero amor que no tiene por qué ser únicamente matrimonial. La relación *bipersonal* que se da en el matrimonio no es rechazada por la opción por la virginidad consagrada, por lo contrario la relación se hace más profunda y viva, es una relación *universal* en que el amor humano se dirige no a un cónyuge y a algunos descendientes, mas a toda la familia de los hijos de Dios. Gutiérrez utiliza palabras fuertes para puntualizar su postura: «Parece que Rahner sólo concibe al hombre valioso cósmicamente si se realiza en *relación de matrimonio*. Como si en vez de *antropología* sólo existiera *gametología*». Cf. GUTIÉRREZ VEGA, L. *Teología sistemática de la vida religiosa*. Madrid: Instituto Teológico de Vida Religiosa, 1976, p. 325.

⁴⁶ Cf. LLANO CIFUENTES, R. *Deus e o sentido da vida*. Rio de Janeiro: Marques Saraiva, 2001, p. 311.

⁴⁷ Cf. RUEDA, B. *Lo que atrae o aleja a los jóvenes de la vida religiosa*. En: *Vida Religiosa*, vol. 34, n. 244, 01 de septiembre de 1973, p. 334.

⁴⁸ ZUBIRI, X. *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza, 1986, p. 579.

⁴⁹ Cf. GARCÍA PAREDES, J. C. R. *Teología de la Vida Religiosa*, pp. 242-245; 263-264.

⁵⁰ Cf. LOZANO, J. M. *La sequela di Cristo*. Milán: Ancora, 1981, p. 99.



Obligatoriedad de una vocación específica

Uno de los problemas cruciales que se pueden plantear respecto a la vocación es la obligatoriedad, o no, de seguirla bajo pena de pecado. Esta cuestión representa sin duda una mirada hacia un aspecto negativo: el seguimiento de Cristo como obligación. El tema ha sido discutido ampliamente, sin llegarse a un acuerdo. Fundamentalmente, la postura *rigorista* considera un pecado grave o leve, de acuerdo con las circunstancias (sobre la gravedad o no es otro punto de discordancia), y la postura *amplia* o *liberal*, aun admitiendo la posibilidad de que en determinadas circunstancias pueda haber obligación grave (por ejemplo cuando la negación evidencia grave riesgo para la salvación del alma), considera la *teofanía vocacional* como un simple consejo⁵¹. Para Juberías, cuando Dios señala a un alma un puesto determinado en la Iglesia se trata de un estado propio para vivir concretamente como un miembro determinado del Cuerpo Místico de Cristo y contribuir a la armonía del conjunto, alcanzando allí el pleno desarrollo individual. Por eso el autor sustenta que todo esto parece demasiado grave y determinante para que se deje, más o menos, al arbitrio de cada uno. La armonía del cuerpo se presupone –continúa Juberías– a la libre elección de cada miembro. Por eso, concluye con san Pablo: «Dios ha dispuesto los miembros en el cuerpo, cada uno de ellos como ha querido» (1Cor 12, 18). La negación de un llamado del Señor a desempeñar una misión no puede ser considerada de modo indiferente. Jesucristo ha demostrado en su vida histórica su disgusto ante la renuncia y la resistencia de los que se negaron a seguirle. ¿Qué grado de gravedad lleva consigo esta inserción deseada por Dios en el Cuerpo místico? Esto va a depender de un conjunto de circunstancias específicas para cada caso, pero sin duda esta renuncia no puede ser considerada como un simple no aceptar una invitación⁵². Cuando Jesús afirma que es Él quien escogió a sus discípulos (cf. Jn 15, 16), indica que el estar con Él no depende de la libre elección, sino de la llamada⁵³.

Consecuencias de la desviación del carisma fundacional

El referido teólogo J.M. Tilliard, especialista en vida religiosa y perito en el Concilio Vaticano II, afirma que la vitalidad de una comunidad religiosa está indisolublemente ligada a una constante permeabilidad y fidelidad radical a la inspiración original, que permanece siempre válida, transponiendo los límites de espacio y tiempo, no como una pieza de museo, sino como una llamada del Espíritu Santo que permanece viva. Una necesaria renovación en función de los condicionamientos concretos de tiempo y lugar no puede provocar ninguna pérdida de su originalidad, bajo el riesgo de una ruptura con su identidad que podría provocar el alejamiento de la propia y peculiar fisionomía del instituto y del carisma concedido a su fundador⁵⁴. Para ejemplificar, observemos las palabras del Papa Pablo VI en su carta al P. Pedro Arrupe, Preósito General de la Compañía de Jesús, en las cuales enfatiza que toda renovación debe ser hecha «según el mismo espíritu de la Compañía de Jesús, es decir, siendo fieles a su propia tradición fundamentada en Cristo, en la Iglesia, en san Ignacio»⁵⁵.

Esta fidelidad es constitutiva de la fecundidad y crecimiento espiritual de todo instituto, puesto que la voluntad institucional no se cierra con el ciclo de su formación, sino que se mantiene y permanece⁵⁶. Los nuevos miembros que se incorporaron serán transmisores de un espíritu recibido y al servicio de fines propios a que son llamados, como los transmisores de la revelación oral fueron fieles depositarios de la autocomunicación de Dios a los hombres, hasta la clausura del

⁵¹ Cf. ROYO MARÍN, A. *La vida religiosa*. Madrid: BAC, 1965, pp. 164-165.

⁵² JUBERÍAS, F. En: *Actas del II Congreso Nacional de Religiosos*, vol. 2. Madrid: Confer, 1961, pp. 55-57.

⁵³ Cf. GARCÍA PAREDES, J. C. R. *Teología de la Vida Religiosa*, p. 265.

⁵⁴ Cf. TILLIARD, J.M.R. *Religiosi: fedeltà e rinnovamento*. Perugia: Cittadella, 1970, pp. 135-137.

⁵⁵ PABLO VI. *Fidelidad a Cristo, a la Iglesia, a San Ignacio*. Carta al Preósito General de la Compañía de Jesús, P. Pedro Arrupe, 15 de septiembre de 1973. En: *Vida Religiosa*, vol. 35, n. 258, del 15 de noviembre de 1973, p. 391.

⁵⁶ Cf. SASTRE SANTOS, E. *Aproximación a los orígenes de un instituto de perfección*, p. 184.



Depositum fidei con la muerte del último apóstol.

Cuando ocurre una desviación del carisma fundacional, encontramos una secuencia que casi siempre se repite: pérdida de la identidad espiritual, búsqueda de una semejanza con el estereotipo menos característico, mayor preocupación con los medios que con los fines, distanciamiento del verdadero sentido del instituto, divisiones internas, distanciamiento de la consideración por la persona del fundador, menor poder de atracción, disminución de vocaciones, algunas veces un crecimiento de poder económico consecuente de una búsqueda de garantías materiales por la pérdida de la confianza en la acción de la Providencia, utilización, cada vez mayor, de empleados para cumplir las funciones que serían propias de los religiosos, deserciones o salidas para otros institutos, cierre de casas, provincias, etc. Este camino, por el cual desafortunadamente vemos pasar muchos institutos existentes, o ya inexistentes, en la actualidad parece repetirse como la reedición de un libro en que pueden cambiar la carátula, la editora, incluso el título, pero el contenido fundamental es siempre lo mismo. Como dice Libermann⁵⁷, la infidelidad a las reglas – al carisma fundacional– constituye una especie de pecado original que puede influir en la orientación de los miembros de cualquier instituto religioso.

Para «sentir» mejor lo anteriormente afirmado, presentamos una autocrítica de una asamblea general de la Conferencia Italiana de Superiores Mayores, publicada el año 1980:

*«Tale grido (Miserereor super turbas) giunge a noi in un momento in cui stiamo rimarginando le nostre ferite, dopo anni di difficoltà interne e di intime soffrenze. [...] Dopo la lacerazioni di questi anni, stiamo ritrovando più chiaramente la nostra identità attorno al carisma del Fondatore e alla nostra missione peculiare nella Chiesa. [...] Si tratta ora non solo di rafforzare la comunità religiose, ma anche di “ravvivare il nostro carisma”».*⁵⁸

La Sagrada Congregación para los religiosos reproduce un reconocimiento claro de que la principal causa de las debilidades en la vida religiosa debe ser encontrada en una «crisis de identidad» con su carisma fundacional:

*«Come viene unanimemente riconosciuto, l'attuale crisi della vita religiosa è una crisi di identità; è importante perciò, che si abbia coscienza dello stato di consecrazione, non solo, ma anche dell'appartenenza ad una determinata famiglia religiosa».*⁵⁹

Es fundamental, por tanto, que cada familia religiosa vele continuamente por preservar viva su identidad fundacional específica y original, sin dejar que los cambios epocales o de necesidades apostólicas sean motivo para un distanciamiento del carisma fundacional, puesto que «ninguna acción apostólica debe ser ocasión para desviarse de la propia vocación»⁶⁰.

Es inherente al *carisma de fundador* la característica de la fecundidad, sin la cual él no podría haber producido una nueva obra en la Iglesia. El Espíritu entra en la vida del fundador para implicar, mediante él, a otras personas que, con él y como él, adopten el seguimiento característico

⁵⁷ El Ven. Francis Mary Paul Libermann, nacido en 1804, fue miembro de la Congregación del Espíritu Santo y fundador de la Congregación del Inmaculado Corazón de María, que posteriormente se fusionó con la Congregación del Espíritu Santo, fundada por Claude-François Poullart des Places. Su afirmación es citada en el documento del Consejo General de la misma Congregación escrito a finales de 1985, llamado *Vers une Spiritualité Missionnaire des Temps*. En: *Riflessioni* RH III n.s. (2/1986), p. 126. Cf. ROMANO, A. *Los fundadores profetas de la historia*, p. 29.

⁵⁸ ASSEMBLEA GENERALE. CISM-1979. *La Vita Religiosa e sua Missione oggi in Italia*. En: SASTRE SANTOS, E. *Aproximación a los orígenes de un instituto de perfección*, pp. 180-181.

⁵⁹ *Revisione della Costituzione*. «Informations. SCRIS», 5 (1979), pp. 233-240. Texto citado por SASTRE SANTOS, E. *Aproximación a los orígenes de un instituto de perfección*, p. 181.

⁶⁰ MR, n. 46.



de Cristo⁶¹. Esta fecundidad nacida junto con el carisma, podrá aumentar, disminuir o caminar hacia la esterilidad, de acuerdo con la presencia mayor o menor del *carisma del fundador* en un instituto religioso.

La pérdida de la identidad espiritual de un instituto religioso lleva indiscutiblemente a la pérdida de su fecundidad en hacer fructificar los dones concedidos por el Espíritu Santo, por donde la clave de la autorrealización de todo instituto religioso ha sido siempre su fidelidad al carisma inicial que Dios infundió en el fundador para enriquecimiento de la Iglesia. Esta fidelidad no debe ser pensada como una simple «vuelta a los orígenes», un tardío e imposible reverdecer del pasado, sino el redescubrimiento en este pasado y sobre todo en el don divino ahí depositado, de las fuentes frescas y saltarinas que constituyen la razón última de las opciones profundas de cada instituto⁶² para, con mayor perfección, seguir las huellas de Cristo y vivir la vocación a que fue llamado.

La relación personal entre el discípulo y el fundador

Los institutos religiosos son colectivos de personas unidas en una relación interpersonal, la cual, a partir del fundador, se extiende a todos sus miembros, estableciendo relaciones que comprometen toda la vida de cada uno de sus integrantes⁶³. Las relaciones entre el discípulo y su fundador, esté él vivo o en la eternidad, están marcadas desde sus orígenes por el sello de lo sobrenatural, suscitando una matizada gama de imágenes para comprender el fenómeno. Frecuentemente son usadas imágenes múltiples como la de la plantación, del edificio, de la familia, del cuerpo; todas ellas, sin embargo, encuentran un denominador común: la semejanza entre la relación fundador-discípulo y la llamada de Cristo individualizada a sus seguidores.

La analogía con Cristo se hace clara en la percepción de que el encuentro con Él es personal e intransferible. De la misma manera, el encuentro de una persona llamada a servir a la Iglesia en determinado carisma suscitado por el Espíritu⁶⁴, ejerce una fuerza centrípeta casi irresistible. En un primer momento, el individuo se ve como inebriado de una alegría nunca antes sentida y encuentra un sentido para su vida que explica y justifica sus anhelos de santidad y servicio a Dios. Se establece primero una relación personal del discípulo con el fundador, o del discípulo con el espíritu del fundador, como una relación directa *yo-tú*, a la cual se podría –considerando la filosofía del diálogo de Martín Buber– asemejarse a la relación *yo-tú fundamental*, puesto que es en la personalidad del fundador que el discípulo encuentra el rostro de Dios presente y concreto que sirve de camino para el encuentro final de cada hombre con su Creador, promoviendo una especie de «fusión interpersonal» que tiene lugar entre los discípulos mismos, y entre estos con el fundador⁶⁵.

Entre el yo del discípulo y el tú del fundador se crea una corriente de simpatía, de amor profundo sin reservas. Al principio el fuego carismático de los orígenes siempre se manifiesta enormemente poderoso y poseedor de un poder de atracción vital que llama al vocacionado y despierta en él sus más profundos deseos y búsquedas por una vida plena y verdadera⁶⁶. Entre dos extremos, cada cosa se asemeja más con el extremo al cual está más cerca. Más semejante a Dios por su virtud y por las gracias providencialmente proporcionadas para la consecución del carisma recibido, el fundador será el eslabón de la relación del discípulo con Dios.

⁶¹ Cf. CIARDI, F. *Los fundadores, hombres del Espíritu*, p. 342.

⁶² Cf. JUAN PABLO II. Discurso *É con viva gioia* a las Hermanas de la Caridad de las Santas Bartolomea Capitanio y de Vicenza Gerosa en el 150º aniversario de la fundación del Instituto más conocido como «Hermanas de María Niña». En: ROMANO, A. *Los fundadores profetas de la historia*, p. 27.

⁶³ Cf. *Ibid.*, p. 33.

⁶⁴ Sea directamente con la persona misma del fundador, o con su espíritu vivo y presente en su obra. Más precisamente, en el actuar y vivir de sus continuadores, de acuerdo con este espíritu.

⁶⁵ Cf. *Ibid.*, p. 57.

⁶⁶ Cf. GARCÍA PAREDES, J. C. R. *Teología de la Vida Religiosa*, p. 216.



Esta ejemplaridad del fundador como camino y modelo hacia Cristo en nada ofusca a la de Cristo. Si el fundador es modelo, lo es porque reproduce, como imagen viviente y actual, al mismo Cristo. «Sed mis imitadores», pueden decir con seguridad los fundadores, haciendo eco a san Pablo (1Cor 4, 16; 11, 1; Gal 4, 12; 1Tes 1, 6), como y porque yo lo soy de Cristo⁶⁷. Imitar al fundador es imitar a Cristo y normalmente los mismos fundadores tienen esta conciencia, como Cristo afirmó su conciencia de ser camino para el Padre.

Así como en todos los campos de la sociedad, en lo religioso, también encontramos una gradación de capacidades. Para utilizar un lenguaje más llano, encontramos «talentos religiosos» y otros pocos prendados de los dones de la fe. Los primeros son elementos capaces de una experiencia religiosa más profunda y una intuición más viva del mundo sobrenatural, estos son minoría, son «elementos raros» –afirma Joseph Ratzinger⁶⁸– por eso los fundadores y los demás hombres capaces de un contacto directo con lo divino son excepciones. En contraste con este pequeño número, se encuentran muchos para los cuales la experiencia de lo sagrado no es tan evidente. Es exactamente en el contacto con los hombres a los cuales esta experiencia es concedida, que éstos serán capaces de un encuentro con lo divino. Este pensamiento tan profundo de Ratzinger permite comprender un orden deseado por el Creador providente, que ilumina a algunos, alrededor de los cuales la luz divina se expande y llega a todos. Será el fundador para los religiosos llamados a su carisma, será el sacerdote, el misionero, el laico comprometido, junto a la comunidad o a la sociedad que con él convive.

Consecuencias de la ruptura de la relación yo-tú del discípulo con el carisma del fundador

La ya recordada figura de la Vid de la cual viven los retoños se aplica perfectamente a las consecuencias de la ruptura de la relación entre el discípulo (o los discípulos) y el *carisma del fundador*. La forzosa renovación⁶⁹ de todo instituto religioso actúa siempre como un cuchillo de doble filo: puede ser señal de progreso y crecimiento, o camino para un desfiguramiento que resulta en pérdida de identidad, disminución de vocaciones y algunas veces en la lenta y gradual desaparición del instituto. Esta segunda, y preocupante dimensión, que puede resultar un «efecto colateral» de una necesaria renovación, muchas veces nace de una búsqueda de «ser como los demás», de igualarse o asemejarse a lo existente, buscando una uniformidad estereotipada en la cual se pierde, poco a poco, el significado genuino del carisma original del fundador y su forma peculiar e inédita de captar la esencia del Evangelio. La escusa de adaptación a los tiempos modernos ha sido muchas veces el móvil de una pérdida progresiva de la propia identidad espiritual del instituto, con el riesgo de pecar contra su función en el Pueblo de Dios, al punto de arrebatar a su carisma su fuerza y su absoluto, haciéndose tan mediocre –afirma Tilliard⁷⁰– que «hasta pierde su sabor» y, en las palabras de la Escritura «ya no sirve para nada» (Mt 5, 13).

Si se busca en la profundidad la causa de que algunos institutos se hayan extinguido, ésta no será encontrada en factores meramente sociológicos o de dimensión profana, como sería la extinción del problema a que fueron llamados corregir. Hay que buscar estas causas, con frecuencia, en dos ámbitos: en el decaimiento espiritual de los religiosos, o en la inobservancia de las Constituciones⁷¹. Sacando una línea vectorial común, se encuentra que la obnubilación de la

⁶⁷ Cf. CIARDI, F. *Los fundadores, hombres del Espíritu*, p. 344

⁶⁸ No en el sentido de que sean extraños, sino en relación a su número en la humanidad. Cf. RATZINGER, J. *Introdução ao Cristianismo*. Preleções sobre o Símbolo Apostólico. São Paulo: Herder, 1970, pp. 57-58.

⁶⁹ La *renovación* no puede ser considerada como un borrar el pasado que es sacrificado en función de una realidad presente y futura, sino un devolver al instituto la «flor del cuño», perfilando el dibujo inicial con las características de las necesidades actuales, sin perder o modificar en nada la impronta inicial del «esbozo» trazado por el fundador.

⁷⁰ TILLIARD, J.M.R. *El proyecto de vida de los religiosos*. Madrid: Instituto T. de Vida Religiosa, 1977, p. 101.

⁷¹ Ésta inobservancia puede encontrar figuras mitigadas, como en su ilegítimo relajamiento; o agravadas, como en el deliberado abandono de su práctica.



visión del carisma inicial funciona como una «catarata espiritual» que disminuye la admiración y la imitación de la persona y del carisma del fundador, que es la luz y el fuego de la vida sobrenatural, resultando en el decaimiento espiritual e inobservancia de sus reglas⁷².

El carisma fundacional en la cuna de un instituto

Así como Cristo afirma que el discípulo no puede ser más que el Maestro, se encuentra la realidad de que los fundadores normalmente superan su propia obra, no agotando en ella el don de Dios. Pensemos en un san Francisco y ya no necesitamos extendernos sobre el tema. Es, por tanto, en este origen que se encuentra incoada la totalidad de la obra y la extensión del carisma a toda la Iglesia y a toda la humanidad.

Los orígenes de cualquier obra religiosa tienen una función única y decisiva para la vida futura de la misma. Además de la persona del fundador, muchas veces encontramos también otras personas providenciales que participan, en diversos grados, del *carisma fundacional*, participando de la misma gracia, a ellos comunicada en comunión con la gracia donada al fundador. En este sentido, aparece muchas veces la figura del «segundo»: un destacado discípulo que hace fructificar la semilla plantada, o algunas veces la sofoca en su cuna.

Para Honigsheim⁷³, el «segundo» sería «el discípulo que sucede al fundador al frente del Instituto», lo que difiere de lo que normalmente se denomina como *antiguos padres* o *cofundadores*. Para el autor, éstos tendrían una fama equiparable a la de las «suegras» entre los hombres casados: el que trivializa el carisma del fundador y traiciona su idea. Un ejemplo típico sería fray Elías en relación a san Francisco. Particularmente pienso que fuertes y decididas excepciones a este concepto justifican invertir la postura de Honigsheim, relegando a la calidad de excepción los «segundos» tántalos de la victoria huidiza. Basta considerar las admirables figuras del Beato Miguel Rúa, en relación a D. Bosco, de D. Sterpi con D. Orione, etc. para verificar que estos «segundos», cuando ejercen una hermenéutica de fidelidad alcanzan históricamente la posición de personas que garantizan la pervivencia de la obra en el momento difícil de la separación física con su fundador. Es el que recibe un legado y lo conserva, vivificándole y desarrollándole como auténtica manera de conservarlo⁷⁴. El «segundo» que no cumple con este reto no debería llamarse «segundo», sino buscarse otra denominación más propia a quien traiciona a su maestro y intenta matar, en su raíz, la preciosa flor que Dios plantó en los jardines de la Iglesia. Contra este cabría lanzar el consueto anatema que muchas veces se aplica indiscriminadamente a los que Honigsheim llama de «segundos».

Algunas veces, la persona que puede ser considerada jurídicamente como fundador, encuentra su espiritualidad y su carisma plasmado en otra persona a quien algunos estudiosos califican con el término *Iniciador*. Éste sería el que ha iniciado, pero no ha rematado su obra con la legislación. Son casos complejos que no pueden ser analizados en conjunto, sino individualmente. Sin embargo, en un gran número de casos el *iniciador* es quien posee el *espíritu*, el *carisma fundacional* concedido por el Espíritu Santo y lo comunica con su vía, siendo el verdadero «padre y ejemplo» que inspira toda la espiritualidad de la fundación, aunque la institucionalización de la misma haya sido obra de un seguidor fiel suyo⁷⁵. Lo más importante es

⁷² Cf. BEYER, J. *Il documento «Criteri direttivi sui rapporti tra Vescovi e i religiosi nella Chiesa»*. En: *Vita Consecrata* (1/1980), p. 11.

⁷³ Sociólogo y antropólogo alemán, nacido en Dusseldorf, el año 1885. Estudió historia, sociología, derecho, ciencia política y filosofía en Bonn, Berlín y Heidelberg y fue alumno y amigo de Max Weber. En particular se especializó en sociología de la música y sociología de la religión.

⁷⁴ Cf. SASTRE SANTOS, E. *Aproximación a los orígenes de un instituto de perfección*, pp. 195-196.

⁷⁵ La institucionalización es una fase necesaria de la constitución de un instituto. Según la opinión de algunos autores, esta institucionalización provocaría la degeneración del carisma. Las normas y códigos torcerían la voluntad del fundador y traicionarían su espíritu, angostando su frescura. Sin embargo, esta opinión se empareja con otras que



que el fundador defina los fines y dé forma a la vida y espiritualidad del instituto que, en algunos casos históricos, sólo fueron edificados canónicamente en tiempos posteriores⁷⁶. En este caso, se queda difícil la distinción entre un *fundador-legislador* y un «segundo». Desde un punto de vista canónico la distinción *iniciador-fundador* sería, sin duda, la más correcta, pero una mirada espiritual, desde la visión de que lo más importante de un carisma es su paternidad del Espíritu Santo, nos parece que el verdadero Fundador es quien ha recibido este carisma, aunque no haya institucionalizado canónicamente su obra. En nuestro entender, por tanto, el título de *iniciador*, en estos casos, podría ser sustituido por *padre-fundador*, quedando para lo que pone en regla la institucionalización bajo esta inspiración que le precede, el título de *fundador canónico* o *fundador legal*.

Esta misión se amplía a todos los *primeros colaboradores del fundador*, puesto que cada miembro proporciona su contribución personal a la configuración del Instituto, lo que se hace más evidente y palpable en los orígenes. Por eso no sólo el fundador, sino toda la comunidad inicial tiene una función decisiva en esta formación, que alcanza un carácter de ejemplaridad para garantizar la integridad futura del *carisma fundacional*. Será esta experiencia genética de las comunidades primitivas, en cuanto receptoras y depositarias de la *inspiración carismática fundacional*, el garante de su tradición e interpretación inalterable⁷⁷.

Mantener “vivo” al fundador es mantener vivo el instituto religioso

Es voz común hablar en crisis de la vida religiosa en los días hodiernos y por eso no encontramos necesidad en profundizar en el análisis estadístico de esta crisis, sino verificar en el panorama de la vida consagrada una doble realidad: crisis y desarrollo⁷⁸. Si es verdad indiscutible que algunos institutos sufren la falta de vocaciones, llegando a cerrar seminarios, conventos y monasterios, es también verdad que las vocaciones siguen existiendo, pero encontrando su camino en nuevas realidades que brotan en el interior de la Iglesia, con una fuerza centrífuga derivada de la fuerza centrípeta de su cohesión a la identidad congregacional que no se encuentra erosionada por el pasar de las generaciones. De la misma manera, encontramos históricos institutos y órdenes religiosas en las cuales los siglos de distancia de su génesis, se vuelven profundización y maduración del carisma fundacional. Éste sigue fructificando en la Iglesia y manteniendo vivo el carisma del fundador, renovado en una dinámica de fidelidad que permite a los que conocen a la congregación encontrar el llamado inicial de su fundador a decirle «sígueme». En los días secularizados en que vivimos es impresionante constatar la pujanza de ciertas congregaciones religiosas masculinas y femeninas que, viviendo muchas veces en un rigor que parecería adverso a cualquier persona nacida después de la revolución de la Sorbona, de 1968, encuentran mucho más y mejores vocaciones que otras que procuran «maquillar» su carisma para que se parezca más semejante a los modelos propuestos por los medios de comunicación y las corrientes de influencia

sustentan que el derecho desempeña una función elemental contribuyendo con la estructura que crea y garante la fecundidad del carisma. Si al *espíritu beneditino* le quitásemos la *Regla*, ni siquiera hubiéramos sabido hoy lo que habría sido el *espíritu* de San Benito. Por eso Elías ha dejado como herencia a Eliseo no sólo los dos tercios de su espíritu, como le había pedido, sino el manto y el espíritu, simbolizando –en este contexto– la regla y el espíritu. Cf. SASTRE SANTOS, Eutimio. *Aproximación a los orígenes de un instituto de perfección*, pp. 193-194; 229-230; 242.

⁷⁶ Cf. LOZANO, Juan Manuel. *El fundador y su familia religiosa*. Madrid: Instituto teológico de vida religiosa, 1978, p. 24.

⁷⁷ Cf. ÁLVAREZ GÓMEZ, J. *Historia de las RR. Madres de María Inmaculada*. Roma: Boccea, 1980, pp. 191-193.

⁷⁸ La crisis actual de la Iglesia, afirma Tillard, se encuentra estrechamente ligada a una crisis de la humanidad. «Está en gestación un nuevo tipo de hombre: un hombre seguro de su propia responsabilidad, secularizado, que busca pleno desarrollo de su libertad y de su autonomía. El progreso de la técnica y de la ciencia le ofrece los medios para remediar muchos males sin tener que recurrir, como en otro tiempo, a la iglesia». Cf. CABESTRERO, T. *Jean-Marie R. Tillard: el presente y el futuro de la vida religiosa*. Entrevista exclusiva para «Vida Religiosa». Madrid: Vida Religiosa, vol. 35, n. 248, 15 de febrero de 1973, p. 67.



presentes en la sociedad del tercer milenio.

Este reencuentro personal, este diálogo *yo-tú* entre un vocacionado y la personalidad carismática de su fundador, proporciona el interés, el ánimo, el dinamismo que lleva el religioso a mantener prendida la lámpara de su vocación. El mantener la llama es un trabajo continuo, metódico, amoroso, sacrificial, de comprensión, conocimiento, admiración, que arrastra el acontecimiento del pasado a su realidad personal, en que cada miembro del instituto, de modo individual, hace suyo el carisma de su fundador, manteniendo, a cada generación, el espíritu vivo que no permite que la regla inicial se transforme en letra muerta.

El claretiano E. Sastre, escribiendo en la década del 80, en que la crisis de la vida religiosa era muy evidente, refuerza la necesidad de la fidelidad al carisma del fundador que muchas veces es «releído» o «redescubierto» en una hermenéutica hodierna de ruptura, que busca más bien una «refundación desfigurada» que una «renovación fiel» al espíritu y al carisma fundacional. Son elocuentes sus palabras:

«Las generaciones, frescas, que median entre los “orígenes” y los tiempos actuales ¿encubrieron el carisma del Fundador? Al menos, tal cosa se puede suponer, si se afirma haberlo “redescubierto”. Excusamos decir, que los trabajos del “redescubrimiento” no suelen ser muy sudorosos. Y las “*sanae traditiones*” forman también parte del patrimonio del Instituto contribuyendo a perfilar su identidad. Hacer el vacío histórico [...] acarrea una pérdida del equilibrio».⁷⁹

Esta llama abierta por el Espíritu Santo en el alma del fundador, permanecerá viva y ardiente siempre y cuando el instituto permanezca fiel a la intuición original y al carisma propio que ha poseído su fundador y en función del cual la Iglesia ha abrazado y aprobado su proyecto⁸⁰. Es necesario mantener los ojos siempre fijos en el *carisma del fundador* para encarnarlo de modo vivo en cada uno de sus seguidores, a pesar de los condicionamientos del contexto y de las circunstancias sociales y epocales, puesto que un carisma no muere junto con los problemas a que fue llamado solucionar, sino que permanece vivo, como obra de Dios, para hacer frente a nuevos problemas y situaciones. Estos nuevos problemas son en verdad la reedición moderna de los problemas anteriores, de modo que una visión llena del espíritu del fundador llevará a sus seguidores a comprender cómo él enfrentaría esta nueva situación y, fieles al espíritu original, utilizar los medios necesarios para la adaptación con los ojos puestos en la mirada espiritual de su fundador, que es el lucero que los mantendrá en el rumbo correcto de su navegación.

Conclusión

Una visión teológica de la vida religiosa, como estudiamos aquí a partir de su origen ontogénico en un don divino confiado a un fundador, como un hecho histórico que une lo natural a la acción carismática sobrenatural, debe ser considerada no como un acontecimiento pasado, sino como un acontecer en el hoy del mundo, que incluye como categoría imprescindible para ser significativa, el presente y el futuro⁸¹. El fundador es quien introduce a sus discípulos en su propio seguimiento en pos de Cristo, comunicando su experiencia a manera de un «código genético» que guiará toda la existencia del instituto de él nacido. Así, el fenómeno de la fidelidad al carisma fundacional como norte y rumbo singular y único para la vida de todo y cualquier instituto religioso debe considerar el fenómeno del carisma fundacional con su dimensión hacia el futuro. Es el garante, el esqueleto, el Sinaí, el alma, el eslabón que lo une y sustenta en la Iglesia y, a través de ella, con el propio Dios.

⁷⁹ Cf. SASTRE SANTOS, E. *Aproximación a los orígenes de un instituto de perfección*, p. 243.

⁸⁰ Cf. ROMANO, A. *Los fundadores profetas de la historia*, pp. 117-118.

⁸¹ Cf. GARCÍA PAREDES, J. C. R. *Confirmación y vida Religiosa*. A la luz de la consagración de las vírgenes en la Iglesia Romana. En: *Vida Religiosa*, vol. 34, n. 243, de 01 de julio de 1973, p. 275.



El carácter profético de la vocación religiosa convoca a todos los consagrados a continuar haciendo hoy lo que caracterizó los orígenes de cada uno de los institutos con los cuales la Providencia ha galardonado su Iglesia y depositado en los fundadores. Ellos fueron profetas que trazaron las directrices de una donación de gracia recibida de lo alto que les iluminó una parte del programa evangélico que estaba sin actualizar. La fidelidad a esta luz primigenia colocada en el alma del fundador será para siempre el factor de cohesión interna y de cohesión de cada instituto en el tejido eclesial. Es necesario en nuestros días actualizar, en la coyuntura de los tiempos en que vivimos, esta visión profética de los fundadores, con una fidelidad completa que no pierde nada con el pasar de los tiempos⁸². La utilización de la palabra «actualización» en contexto litúrgico-sacramental del sacrificio de Cristo en la Eucaristía, expresa de modo excelente el carácter de esta necesaria actualización que nunca se separa de su origen, está clavada en ella como Cristo permaneció clavado en la Cruz. Cuando el religioso se hace consciente de que la razón de su existencia en la Iglesia es ser signo de Jesús de acuerdo con el prisma de la impronta de su carisma fundacional, entonces su ideal de vida se le presenta como una permanente coinmolación con Cristo, de horizonte tan vasto como la redención, es decir, ansiosa de colaborar con la salvación de todos los hombres, conformándose con Cristo sacerdote y víctima que se entrega en el «altar» del sacrificio de la Cruz, modelo de todo sacrificio humano⁸³.

Bibliografía

CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Decreto *Perfectae caritatis*, sobre la adecuada renovación de la vida religiosa. PAPA FRANCISCO. *Carta Apostólica a todos los consagrados con ocasión del año de la vida consagrada*, del 28/11/2014. PABLO VI. *Fidelidad a Cristo, a la Iglesia, a San Ignacio*. Carta al Preósito General de la Compañía de Jesús, P. Pedro Arrupe, de 15/09/1973. En: *Vida Religiosa*, vol. 35, n. 258, del 15/11/1973. JUAN PABLO II. Discurso durante la celebración al Capítulo general de los Claretianos, del 13/10/1979. En: *Insegnamenti de Giovanni Paolo II*, II/2 (1979). Discurso *Ringrazio il mio Dio* a los religiosos de Chicago en la fiesta de San Francisco, 4/10/1979. Discurso *Sono particolarmente lieto* a los capitulares de la Sociedad de San Pablo, 31/03/1980. En: *Insegnamenti de Giovanni Paolo II*, III/1 (1980). Discurso *Sono venuto qui* a los sacerdotes seculares y religiosos de la diócesis de Livorno en el santuario de Montenero, 19/03/1980. En: *Insegnamenti de Giovanni Paolo II*, V/1 (1982). PÍO XI. Carta apostólica *Unigenitus Dei Filius* a los superiores generales de las órdenes religiosas y de las Congregaciones masculinas (19/03/1924), n. 8. *AAS* 16 (1924). Documento *Mutuae Relationes*, de la Sagrada Congregación para los religiosos e institutos seculares. **Autores:** ALBA CERECEDA, José María. *Un documento histórico del papa*. Revista *Ave María*, Barcelona, n. 486, febrero de 1985. ALONSO RODRÍGUEZ, Severino-María. *Ven y sígueme*. Reflexiones teológicas sobre la vida religiosa. 2 ed. Madrid: Paulinas, 1993. ÁLVAREZ GÓMEZ, Jesús. *El profetismo de los fundadores y el ministerio profético de sus discípulos*. En: *Vida Consagrada*, vol. 40, n. 304, 01/03/1976. *La vita religiosa come risposta allla necessità della Chiesa e del mondo*. En: AAVV. *Il carisma della vita religiosa dono dello Spirito alla Chiesa per il mondo*. Milán: Ancora, 1971. *Historia de las RR. Madres de María Inmaculada Misioneras Claretianas*. Roma: Boccea, 1980. *La Vida Religiosa ante los retos de la historia*. Madrid: Instituto teológico de vida religiosa, 1979. *Vida Consagrada para el tercer milenio*. De la renovación a la refundación. Madrid: Claretianas, 1999. *Por qué y para qué los religiosos en la Iglesia*. Madrid: Instituto teológico de vida religiosa, 1979. *Carisma e Historia*. Claves para interpretar la historia de una congregación religiosa. Madrid: Claretianas, 2001. APARICIO RODRÍGUEZ, Ángel (ed.). *La vida religiosa*. Documentos conciliares y posconciliares. Madrid: Instituto teológico de vida religiosa, 1987. *Comentarios a la exhortación apostólica Vita*

⁸² Cf. ÁLVAREZ GÓMEZ, J. *El profetismo de los fundadores y el ministerio profético de sus discípulos*, p. 143.

⁸³ Cf. BANDERA, A. *La vida religiosa en el misterio de la Iglesia*. Concilio Vaticano II y Santo Tomás de Aquino. Madrid: BAC, 1984, p. 136.



consecrate. Madrid: Claretianas, 1997. BANDERA, Armando. *La vida religiosa en el misterio de la Iglesia*. Concilio Vaticano II y Santo Tomás de Aquino. Madrid: BAC, 1984. BEYER, J. *Il documento «Criteri direttivi sui rapporti tra Vescovi e i religiosi nella Chiesa»*. En: *Vita Consecrata* (1/1980). BURGALASSI, S. *Fundatori II. Aspetto Sociologico*. En: *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, IV. Roma: Paulinas, 1977. CABESTRERO, Teofilo. *Jean-Marie R. Tillard: el presente y el futuro de la vida religiosa*. Entrevista exclusiva para «Vida Religiosa». Madrid: Vida Religiosa, vol. 35, n. 248, 15/02/1973. CIARDI, Fabio. *La escucha del Espíritu*. Madrid: Claretianas, 1998. *Los fundadores hombres del Espíritu*. Para una teología del carisma del fundador. Madrid: Paulinas, 1983. CODINA, V. *La vita religiosa come sequela di Cristo nella storia*. En: *Vita Consecrata* n. 10, 1984. DIEZ PRESA, M. *La inserción de los religiosos en la pastoral de conjunto según el carisma propio*. En: *Vida Religiosa*, vol. 34, enero-diciembre de 1973. GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey. *Confirmación y vida Religiosa*. A la luz de la consagración de las vírgenes en la Iglesia Romana. En: *Vida Religiosa*, vol. 34, n. 243, de 01 de julio de 1973. *Teología de la Vida Religiosa*. Madrid: BAC, 2002. *Teología de las formas de vida cristiana I*. Madrid: Claretianas, 1996. GHIRLANDA, G. *La vita consacrata nella vita della Chiesa*. En: *Informationes SCRIS* 10 (2/1984). GRZESZCZYK, Tadeusz. *Il carisma dei fondatori*. Roma, 1974. GUERRA GÓMEZ, Manuel. *Los nuevos movimientos religiosos (las sectas)*. Rasgos comunes y diferenciales. 2 ed. Pamplona: EUNSA, 1996. GUERRA, José Antonio (dir.). *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*. 2 ed. Madrid: BAC, 1980. GUTIÉRREZ VEGA, Lucas. *Teología sistemática de la vida religiosa*. Madrid: Instituto Teológico de Vida Religiosa, 1976. JUBERÍAS, Francisco. *El silencio en la vida religiosa*. Madrid: Vida Religiosa, año IX, vol. XI. *Actas del II Congreso Nacional de Religiosos*, vol 2. Madrid: Confer, 1961. *La Paternidad de los Fundadores*. Madrid: Vida Religiosa, n. 33, 1972. *Por su cuerpo que es la Iglesia*. Madrid: Agesa, 1973. LEDÓCHOWSKA, Teresa. *La recherche du charisme d'un institut religieux*. En: *Vie Consacrée*, n. 49, 1977. LLANO CIFUENTES, Rafael. *Deus e o sentido da vida*. Rio de Janeiro: Marques Saraiva, 2001. LOZANO, Juan Manuel. *El fundador y su familia religiosa*. Madrid: Instituto teológico de vida religiosa, 1978. *La sequela di Cristo*. Milán: Ancora, 1981. RAHNER, Karl. *L'elemento dinamico nella Chiesa*. Brescia: Morcelliana, 1970. RATZINGER, Joseph. *Introdução ao Cristianismo*. Preleções sobre o Símbolo Apostólico. São Paulo: Herder, 1970. ROMANO, Antonio. *Los fundadores profetas de la historia*. Madrid: Claretianas, 1991. ROYO MARÍN, Antonio. *La vida religiosa*. Madrid: BAC, 1965. RUEDA, Basilio. *Lo que atrae o aleja a los jóvenes de la vida religiosa*. En: *Vida Religiosa*, vol. 34, n. 244, 01/09/1973. SASTRE SANTOS, Eutimio. *Aproximación a los orígenes de un instituto de perfección*. En: *Claretianum: comentaria theologica*, n. XX. Roma: Pontificia Universitas Lateranensis, 1980. *Institución y «crisis de identidad»*. En: *Claretianum: commentaria theologica*. Roma: Roma: Pontificia Universitas Lateranensis, 1983. SCHWAIGER, Georg. *La vida religiosa de la A a la Z*. Madrid: San Pablo, 1998. TILLIARD, J.M.R. *El proyecto de vida de los religiosos*. 3 ed. Madrid: Instituto Teológico de Vida Religiosa, 1977. *Religiosi: fedeltà e rinnovamento*. Perugia: Cittadella, 1970. VIÑAS, José María. *San Antonio María Claret*. Escritos autobiográficos y espirituales. Madrid: BAC, 1959. ZUBIRI, Xavier. *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza, 1986.

